CÁRLOS EDUARDO.

(1746.)

Despues de la batalla de Culloden, que destruyó por completo sus esperanzas, no quedó al príncipe Cárlos Eduardo[1] mas recurso que la fuga para escapar á la venganza de Jorge II. Sus ministros, tratando á este último vástago de una raza real como al mas vil de los criminales, pusieron su cabeza á precio, ofreciendo una suma de treinta mil libras esterlinas al que lo entregase muerto ó vivo. Creian, dice Walter Scott, que en una comarca tan pobre como la Escocia, y particularmente en las montañas, donde son casi desconocidas las leyes que conciernen á la propiedad, y donde era proverbial el espíritu de pillaje, una recompensa ofrecida, aun mucho menos importante, bastaria para despertar la codicia de algun miserable que se apresuraria á entregar al Pretendiente. Pero se engañaron por completo, dando una prueba de que desconocian el noble carácter de ese pais, y su fidelidad á una familia que habia dado reyes á Escocia durante cuatro siglos. La evasion de Cárlos Eduardo, llevada á cabo en medio de graves dificulta-

1. Nieto de Jacobo II, rey de Inglaterra, y el último de los Estuardos. Sus tentativas infructuosas para conquistar el trono de sus mayores, le hicieron dar el nombre de *Pretendiente*, que le ha conservado la historia. Nació el 31 de diciembre de 1745, y murió en Roma, sin sucesion, en enero de 1788. (*N. del traductor.*)

des, y dilatada por largo tiempo á causa de la persecucion activa é incesante de los emisarios del gobierno inglés, puede citarse como un ejemplo en honor del pueblo escocés.

Durante la batalla de Culloden (27 de abril de 1746), Cárlos, que ya habia batido al duque de Cumberland en un anterior encuentro, en Falkirk, desplegó una habilidad y conocimientos estratégicos poco comunes, segun afirman testigos oculares; y cuando casi decidida la accion, empezaban sus tropas á replegarse y ponerse en desórden, tomó parte personalmente en la lucha, é hizo prodigios de valor, procurando concentrar y ordenar sus fuerzas repetidas veces.

Al dejar el campo de batalla, licenció los diferentes cuerpos que le seguian aun, y solo conservó á su lado algunos oficiales irlandeses con cuya fidelidad podia contar. Dirigióse hácia Gortuleg, donde residia lord Lovat, uno de sus principales partidarios, profundo político, de quien acaso esperaba un buen consejo, ó tal vez socorro, puesto que su hijo master Lovat, y Cluny Mac-Pherson su yerno, habian levantado fuerzas considerables y se hallaban en marcha para reforzar el ejército del príncipe, al tiempo que tenia lugar la batalla de Culloden.

Cárlos y Lovat se vieron por la primera y última vez bajo la impresion del desaliento que inspira una causa desesperada: el primero, menos afligido de su derrota que de las calamidades sin cuento que debia acarrear á Escocia el levantamiento en su favor, y el segundo únicamente preocupado de sus compromisos personales. A las pocas palabras, el príncipe conoció que no podia esperar de su prudente partidario ni consejo ni socorros, y así, sin darse el tiempo de tomar algun descanso, partió inmediatamente. La proximidad del ejército victorioso hacian peligrosa su estancia en Gortuleg, y acaso

la fidelidad de Lovat comenzó á hacérsele sospechosa. Continuó pues su camino, y por la tarde hizo alto en el castillo de Invergarry, perteneciente al lord de Glengarry, donde tomó una ligera colacion : hospitalidad momentánea que no pudo pasar desapercibida y que dió pretesto pocos dias despues á los soldados ingleses para pillar y saquear el castillo. De Invergarry, el príncipe fugitivo penetró en las montañas del Oeste, y se alojó en una aldea llamada Glenbeisdale, cerca del paraje donde desembarcó á su venida de Francia. Desde este punto, renunciando absolutamente á continuar su empresa, envió un mensaje á los jefes y soldados que de su órden se habian reunido en Buthben, expresándoles la mas viva gratitud por sus anteriores servicios, y abjurándoles se dispersasen y atendiesen á su seguridad, al noticiarles su decidida intencion de retirarse á Francia. Esta determinacion causó una viva alarma en el campo de sus partidarios.

En vano le opusieron las mas ardientes protestas de adhesion, dándole la seguridad de numerosos refuerzos y de un nuevo levantamiento de los clanes escoceses: Cárlos no podia hacerse ilusion sobre el verdadero estado de las cosas, y no quiso exponer á una pérdida cierta á los amigos fieles que, al hablarle así, solo tomaban consejo de su bravura y de su desesperacion.

Separóse pues de los suyos, aun de la reducida escolta que le habia seguido hasta allí, y pasó al grupo de las islas Hébridas, llamado Long-Island, con la esperanza de encontrar en aquellas costas un buque francés donde refugiarse. Desde este punto comenzó la triste odisea que ha hecho célebre la vida de este infortunado príncipe. Vientos contrarios, tempestades, desengaños de toda especie, acompañados de duras privaciones á que no podia estar acostumbrado, le llevaron de isla en isla y de refugio en refugio. En fin, llegó á South-Vist,

una de las Hébridas donde habia desembarcado al principio de su expedicion, y allí fué acogido por Clanranald, que habia sido el primero en declararse por este desgraciado príncipe, y que le fué fiel despues de su derrota. Atendiendo á su seguridad, Cárlos tomó aquí un disfraz grosero, y se alojó en una miserable cabaña perteneciente á un leñador nombrado Corradale, situada en la áspera montaña que lleva este nombre.

Entretanto, los agentes del gobierno y las tropas que ocupaban el pais visitaban escrupulosamente todos los parajes que podian ofrecer un asilo, especialmente en las islas donde suponian que el príncipe se habia refugiado. El general Campbel extendió sus pesquisas hasta la isla de Saint-Kilda, casi inhabitada, y de allí vino á la de South-Vist, registrando del sur al norte todas las Hébridas; y aquí encontró á los jefes Skye y Mac-Leod que perseguian como él al fugitivo. Dos mil hombres ocupaban militarmente la isla, bloqueada ademas por algunos buques de guerra, chalupas armadas, etc. ; de modo que parecia absolutamente imposible que el príncipe escapase á sus pesquisas, si el valor y la decision de una mujer no hubieran contribuido á salvarlo.

Esta mujer fué Flora Mac-Donald, cuyo nombre se ha hecho célebre en Escocia. Era parienta de Clanranald y se encontraba por acaso en la casa de este jefe, en Ormaclode de South-Vist. Su suegro, que pertenecia al clan de sir Alejandro Mac-Donald, era por consiguiente enemigo de Cárlos Eduardo, y mandaba el regimiento de su nombre que se hallaba en exploracion en la isla.

Flora se interesó desde luego en la suerte del Pretendiente, cuya posicion se hacia cada dia mas difícil, y proponiéndose salvarlo, formó precipitadamente un plan de acuerdo con Clanranald y otros jacobitas. Burlando la vigilancia suspicaz de Mac-Donald, pidió y obtuvo un

pasaporte para ella, un criado y una camarera que dijo llamarse Betty Burke. El papel de Betty debia ser representado por el príncipe vestido de mujer. Bajo este disfraz, y despues de haber estado mil veces expuesto á caer en manos de sus enemigos, Cárlos llegó en fin á Kilbride, en la isla de Skye ; pero hallándose aun en el distrito de sir Alejandro Mac-Donald, jefe adicto al gobierno, corria tanto ó mayor peligro que antes en su nuevo asilo. Flora no perdió por esto el ánimo, ni se desalentó en su generosa empresa : desplegando una presencia de espíritu y una diplomacia impropia de sus pocos años, resolvió confiar su secreto á Lady Margarita Mac-Donald, esposa de sir Alejandro, y de recurrir á la compasion natural á su sexo y al sentimiento secreto de jacobismo que era comun en esta época á la mayor parte de los escoceses.

Esta confidencia era tanto mas peligrosa, cuanto que el marido de lady Margarita pasaba por haber estado comprometido al principio en la causa del Pretendiente, si bien luego, por razones desconocidas, se habia puesto con todo su clan en armas á disposicion del gobierno, y tenia ahora la direccion de las tropas á que Cárlos Eduardo trataba de escapar. Así esta revelacion llenó de espanto á lady Margarita. Sin embargo, Flora no se engañó en sus cálculos al confiarse á su generosidad. Esta señora accedió á contribuir á la peligrosa empresa, pero no queriendo comprometer á su marido, que se hallaba ausente, ni poner en el secreto á ninguno de los oficiales que la rodeaban, se resolvió á poner al príncipe en manos de Mac-Donald de Kingsburgo, hombre dotado de valor é inteligencia, que desempeñaba las funciones de agente ó mayordomo de sir Alejandro. Le envió pues á él, y Flora se encargó nuevamente de conducirlo, llegando felizmente á Kingsburgo sin que el príncipe fuese conocido, cosa harto difícil, pues su mismo disfraz femenino, tan embarazoso para un hombre, lo hizo sospechoso y estuvo á punto de comprometerlo varias veces.

De Kingsburgo pasó á Rasa, donde se halló en el último apuro, porque habiendo sido saqueada esta isla á consecuencia de haber tomado sus habitantes parte en la insurreccion, no pudo encontrar en ella asilo seguro ni medio alguno de subsistencia. Esta parte de su viaje la hizo como doméstico del hombre que le servia de guia. En seguida buscó un refugio en el pais del laird de Mac-Kinnon, mas como, á pesar de los esfuerzos de este jefe en su favor, no pudo encontrar reposo ni tranquilidad en esta parte de la isla de Skye, se vió obligado á volver de nuevo á Escocia, donde pudo obtener le trasladaran, desembarcando á orillas del lago Nevis. Aquí se encontró expuesto á mayores riesgos, y faltó muy poco para que fuera cogido. Toda esta comarca, cuna de la insurreccion, así como los distritos de Lochiel, de Keppoch, de Glengarry y de otros jefes jacobitas, estaban ocupados militarmente. El príncipe y sus guias se encontraron bien pronto encerrados en las líneas de varios campamentos que interceptaban el paso de las montañas é interrumpian las comunicaciones con el interior del pais. Despues de haber pasado dos dias rodeados de enemigos, sin atreverse á encender fuego para preparar sus alimentos, lograron al fin evitar el peligro inminente que les amenazaba, arrastrándose durante la noche por un estrecho desfiladero, entre dos puestos avanzados.

Viviendo así en una perpétua alarma, en una continua inquietud, falto de todo, con el traje desgarrado, careciendo las mas veces de alimento, de fuego y abrigo, el desgraciado príncipe, sostenido únicamente por la esperanza de saber la arribada de un buque francés á la costa, llegó al cabo á las montañas de Strath-Glass, y con Glenaladale, que era entonces su solo compañero, se

vió obligado á buscar asilo en una caverna que servia de refugio á una cuadrilla de bandidos.

Cárlos no tardó en conocer por algunas señales que estos hombres procedian de una de las bandas indisciplinadas que le habian seguido, y que proscritos y obligados á ocultarse como él, vivian allí del pillaje y del merodeo en las comarcas vecinas. Ellos por su parte, al reconocer al príncipe por quien tantas veces habian expuesto la vida, le acogieron con entusiasmo, y le juraron obediencia ciega y una fidelidad inviolable. Y en efecto, entre los súbditos que le fueron mas adictos, jamás habia encontrado Cárlos Eduardo mayor celo, interés y abnegacion que la que le mostraron estos hombres rudos que se hallaban en guerra abierta con la sociedad. Todos se consagraron absolutamente á su servicio, y en el poco tiempo que estuvo entre ellos, lograron proveerlo, en aquellas áridas y desiertas montañas, de vestidos, víveres y cuanto le fué necesario, y hasta de noticias sobre los movimientos de las tropas, que estos atrevidos merodeadores iban á averiguar en los mismos campamentos y fortalezas de sus enemigos.

Cárlos Eduardo pasó cerca de tres semanas en esta caverna, y no pudo separarse de estos hombres sin grandes dificultades. — « Quedaos con nosotros, le decian, los montes de oro que el gobierno ha prometido por vuestra cabeza, tentarán acaso á algun caballero y le inclinarán á la traicion, porque le será fácil ir despues á un pais lejano á vivir del premio de su infamia. Nosotros estamos al abrigo de una tentacion semejante : no sabiendo otra lengua que la nuestra, no podemos vivir fuera de nuestro pais, y si nos atreviéramos á tocar á un solo cabello de vuestra cabeza, nuestras montañas se hundirian sobre nosotros para castigarnos. »

Un notable ejemplo de entusiasmo y de abnegacion heróica contribuyó por este tiempo (2 de agosto de 1746) á la evasion del príncipe. El hijo de un platero de Edimburgo, llamado Rodrigo Mac-Kensie, que habia servido como oficial en el ejército jacobita, se hallaba oculto en las espesuras de Glenmoriston. Era casi de la misma estatura que el Pretendiente, y le parecia mucho en el rostro y aire del cuerpo. Descubierto y atacado por una partida de soldados, el jóven se defendió con valor, y queriendo, por una inspiracion heróica, que su muerte fuese útil á la causa que habia defendido, exclamó al caer bajo los golpes que le asestaban : « ¡Ah miserables! habeis muerto á vuestro rey ! » Su generosa idea dió el resultado que esperaba : tomáronle en efecto por Cárlos Eduardo, y enviaron su cabeza á Lóndres. Algun tiempo pasó antes que el error fuese conocido; y durante ese intervalo, cesó naturalmente la activa persecucion y vigilancia que no tenia razon de ser dada la supuesta muerte del príncipe. Cárlos Eduardo quiso aprovechar este momento de tregua para verse con Lochiel, Cluny, Mac-Pherson y algunos otros de sus partidarios que andaban ocultos en un distrito vecino. Separóse pues de sus bandidos, y conservando dos de ellos para que le sirviesen de guias y de escolta, logró reunirse con Lochiel y Mac-Pherson, despues de grandes dificultades y peligros. Estableciéronse por algun tiempo en las faldas de la montaña de Benalder, en el centro de un espeso bosque que era entonces propiedad de Mac-Pherson. Alojados allí, en una cabaña llamada la *Cage*, vivieron con mas seguridad, y en un bienestar relativo, si se compara con lo que habia sufrido el príncipe desde que se hallaba errante.

Hácia mediados de setiembre llegó á noticia de Cárlos Eduardo que dos fragatas francesas habian arribado á Lochlannagh, con el designio de trasportarlo á Francia : el 20 se embarcó sin dificultad con algunos de sus partidarios, y llegó el 29 á las costas de Bretaña,

desembarcando cerca de Morlaix. Durante cinco meses habia errado fugitivo llevando una vida precaria, y soportando fatigas, miserias y peligros de que hay pocos ejemplos en la historia; y en ese largo período, su vida habia estado á merced de todos los que conocieron su secreto, de centenas de personas de todo sexo, edad y condicion sin que una sola, aun entre los bandidos que arriesgaron mil veces su existencia por procurarle lo necesario, tuviese un solo instante la idea de enriquecerse vendiendo al desgraciado príncipe proscrito. (Walter Scott, *Historia de Escocia.*)

ESTANISLAO LECZINSKI.

(1734.)

Estanislao Leczinski [1] se hallaba sitiado por los rusos en la ciudad de Dantzick. No teniendo esperanza alguna de socorro, y sabiendo que el enemigo atacaba la plaza solamente para apoderarse de su persona, el desgraciado rey de Polonia resolvió poner en salvo los intereses del pais, huyendo y separándose por entonces del teatro de la lucha. Aconsejábanle varios medios de evasion; entre otros el de forzar las líneas rusas á la cabeza de algunos hombres determinados; pero los alrededores de la plaza estaban inundados y este proyecto era irrealizable. Decidióse en fin por el plan del embajador de Francia, que era el de huir disfrazado de campesino.

« Salí, dice Leczinski en una carta á su hija, de la casa del embajador, por una puerta falsa. Apenas hube dado algunos pasos, me ocurrió la idea de volver á su habitacion para tranquilizarle y enjugar las lágrimas que le habia visto derramar á mi partida; y en efecto, habiendo empujado la puerta sin ruido, le sorprendió postrado en tierra, pidiendo á Dios en una ardiente ple-

1. Gran duque de Lituania, coronado rey de Polonia en 1705 y destronado por los rusos en 1709. El casamiento de su hija María con Luis XV de Francia, le valió la proteccion de esta potencia y la tranquila posesion de los ducados de Lorena y de Bar, que poseyó hasta su muerte acaecida en febrero de 1766. (*N. del traductor.*)

garia, que se dignase protegerme y ser mi guia en tan arriesgado viaje.—«Vengo, le dije, á abrazaros de nuevo y á suplicaros que os conformeis, como yo lo hago, con los decretos de la Providencia.»

Acompañado del general Steinflycht, disfrazado tambien de campesino, y del mayor de plaza que se habia comprometido á favorecer su fuga, pasó el foso en una barca montada por tres hombres que debian conducirle á Prusia; pero era necesario atravesar un cuerpo de guardia mandado por un sargento, el cual, fiel á su consigna, se negó á obedecer al mayor de plaza, que tuvo al fin que ponerle en el secreto; entonces el sargento hizo al rey un profundo saludo y le dejó pasar.

Los guias que le habian procurado no pertenecian por cierto á la clase mas honrada de la sociedad, y dos de ellos especialmente eran lo que se llamaba entonces en Alemania, *schnappœhne*, esto es, gentes de saco y cuerda, mitad bandidos, mitad soldados aventureros. Conocian perfectamente los caminos, y como se mostraron adictos y fieles, lo demas importaba poco. Sin embargo, empezaron por hacer detenerse á Estanislao todo el resto de la noche y el dia siguiente en una miserable cabaña, en medio de los pantanos, á un cuarto de legua de Dantzick; medida de seguridad, segun ellos, á lo que el pobre rey no pudo oponerse, pues habia adquirido desde luego la certidumbre de que aquellas buenas gentes hacian tan poco caso de sus observaciones como de su rango.

A la noche siguiente se volvieron á embarcar, y atravesaron penosamente las lagunas á través de los juncos y espadañas que cubrian la superficie; y hácia la media noche, sus guias se separaron en dos bandas, una de las cuales condujo al general por la calzada, y la otra continuó con el rey en una barca, siguiendo la misma ruta y costeando la calzada. Al amanecer le

ocultaron de nuevo en una choza (especie de venta situada á orillas de la laguna), y allí le dieron por lecho un haz de paja. No habia pasado mucho tiempo, cuando penetraron tumultuosamente en aquel sitio varios cosacos de los que recorrian el campo, y por un momento Leczinski se creyó descubierto y perdido; pero aquellos soldados venian simplemente á almorzar, y despues de haber estado dos mortales horas á la mesa, pagaron su escote y se marcharon. La ventera que habia observado los movimientos de Estanislao, y que no comprendia lo que le habia obligado á evitar á los cosacos, en vez de beber con ellos, concibió mala idea de sus huéspedes, y recelando pudieran comprometerla, estuvo á punto de poner al rey á la puerta; mas las seguridades que la dieron sus compañeros lograron tranquilizarla, y consintió al cabo en que permaneciesen en la venta. Llegada la noche, salieron de ella, y atravesaron en las barcas el resto de los terrenos inundados; y despues de una marcha larga y fatigosa por tierras cenagosas y fuera de todo camino, llegaron á una casa de campo, cuyo dueño manifestó extraordinaria sorpresa á la vista del rey.

—¿Qué es eso? le dijeron los guias, ¿te sorprende ver á uno de nuestros nuevos camaradas? ¿Qué le encuentras de extraño?

—Nada, respondió el campesino, pero si no me engaño, es el rey Estanislao.

—Sí, amigo mio, dijo inmediatamente este con tono firme y resuelto, yo soy el rey; pero me pareceis demasiado honrado, para no temer que me rehuseis los socorros que exige mi actual situacion.

Aquel hombre era honrado en efecto: prometió al rey que le haria pasar al otro lado del Vístula, y le cumplió lealmente su palabra.

Esta parte del viaje no se efectuó tampoco sin

grandes riesgos. Numerosos destacamentos y partidas de cosacos exploraban en todas direcciones los caminos, interrogando y examinando á cuantos encontraban, y visitando todos los caseríos y habitaciones aisladas. Varias veces se halló cercado por todas partes, y aun llegó el momento en que sus guias se decidieron á abandonarlo; pero Leczinski sabia reanimar su valor, ya haciéndoles beber, ya amenazándoles con entregarse él mismo á los rusos en el instante en que de él se separaran. El general Steinflycht por su parte, se habia extraviado, y sin duda habia caido en poder del enemigo. En fin, Estanislao llegó á orillas del Vístula, y el campesino que le habia prometido su ayuda, y que en efecto le servia ahora de guia, lo ocultó entre la maleza y fué á buscar una barca. Pocos momentos despues el rey entró en ella y pasó felizmente el rio sin otro contratiempo; pero antes de abordar quiso recompensar al fiel servidor que con tanta lealtad y celo le habia conducido, dándole una fuerte suma de dinero : mas este la rehusó obstinadamente, no queriendo tomar mas que un escudo, como recuerdo del honor que habia tenido de conocer y acompañar al rey, y de la dicha de haber contribuido á su salvacion. «El noble ademan con que acompañó aquel campesino estas palabras, dice al llegar aquí Estanislao, no se apartará jamás de mi memoria. »

Pasado el Vístula, se creyó ya libre de todo riesgo, pero no se hallaba al cabo de su temeraria empresa. Al dia siguiente se embriagó uno de sus guias, y al atravesar una aldea se detuvo en la plaza, donde mayor era la concurrencia, y apostrofó al rey por su nombre, pidiéndole el precio de sus servicios por haberle conducido allí á riesgo de su vida. Afortunadamente el jefe de aquella singular escolta era un hombre inteligente y tuvo la presencia de espíritu de burlarse del borracho y de ponerle en ridículo, presentándolo á los aldeanos curiosos

y mal dispuestos que los rodeaban, como una especie de loco que veia reyes y príncipes en todo el mundo cuando habia bebido mas de lo conveniente. Así pudieron salir del paso. En fin, despues de mil incidentes y de nuevos peligros, que parecian aglomerarse á medida que avanzaban, Estanislao atravesó el Nogat, y logró verse libre de todo temor y de la compañía de los aventureros que le escoltaban y que, si le fueron fieles á su manera, no contribuyeron poco, segun el relato del mismo rey, á aumentar los peligros y amargura de aquel aventurado viaje. (*Carta de Estanislao á la reina su hija*, en Proyart, *Historia de Estanislao Leczinski.*)